IV

En el campo enemigo

PARECE, decía el capitán Márquez á varios oficiales que se calentaban al sol en la plaza de Zitácuaro, que los chinacos no volverán á asomar por aquí las narices.

— Así lo creo, y que perdieron para siempre á su Zitácuaro, contestaba otro.

— Ese Capilla, explorador, que se nos presentó por Cuernavaca, dijo Márquez, regresó hoy de la expedición que hizo la caballería, y dice que fueron hasta cerca de los picos de Cucha, y que no hay enemigo.

— Pero trajeron algunos heridos, y dicen también que hubo algunas bajas de muertos.

— Bien; pero no fué el enemigo: los soldados se divertían en quemar un rancho que les dijeron que era de una

vieja chinaca, y seguramente sus hijos, ó sus parientes, hicieron fuego de entre las peñas, pero se les ahuyentó á poca costa, y eso es todo.

— Pues entonces podemos estar tranquilos y seguros.

— Como en un baúl.

— En fin, señores, vuelvo dentro de un momento, dijo Márquez retirándose; hasta luego.

— Hasta luego, capitán, contestaron los otros.

— Este capitán, dijo uno de los oficiales, cuando Márquez se hubo alejado, ha perdido la cabeza: está furiosamente apasionado de la chica, sobrina ó hermana del maromero que tomamos de leva cerca de Cuernavaca.

— ¿Cuál maromero?

— Diego, el que ahora es sargento de la cuarta.

— El marido de la china.

— ¡Ah, sí! ese tan serio.

— Sí, ese; pero ¡qué buen sargento! escribe y documenta como el mejor.

— ¿Conque de esa muchacha que anda siempre con la china y con otra vieja gorda?...

— De la misma; pero ella no le hace formal.

— Como á nadie.

— Pero es que Márquez ha hecho poderíos: le ha ofrecido dinero, ropa, alhajas; nada: y según me contó la mujer de mi asistente, le ha ofrecido hasta casarse con ella.

Los oficiales se soltaron riendo.

— No, no rían ustedes: es cierto, y ya verán en lo que para todo esto. Márquez es terco, y por bien ó por mal, se sale con la suya; seguro que ahora la va á ver, y si no, mírenlo, ya entra en la casa, desde aquí se ve.

En efecto, el capitán Márquez había entrado en una de aquellas casas abandonadas de la población.

— Pues ahora se aprovecha, porque la muchacha debe estar sola, dijo un oficial: acabo de encontrar á la vieja y á la chinita, que iban rumbo á la Parroquia.

— Entonces el capitán no se duerme.

— ¡Pero calle! exclamó uno; ¿no es el sargento Diego el que se dirige hacia ahí?

— El mismo.

— ¡Buena se va á armar! porque el tal sargento es alzado como un demonio, y lleva su bayoneta.

— Pero qué, ¿será capaz?...

— Toma, y bien; además, Márquez no lleva armas.

— ¿No lleva?

— No.

— Pues vamos todos; no vaya á haber un lance, y perdemos un buen compañero y un buen sargento.

Los oficiales se dirigieron apresuradamente á la casa donde habían entrado primero Márquez y después Diego.

. . . . . .

. . . . . .

Alejandra, jadeante, con la cabeza erguida, los ojos chispeantes, los dientes apretados, y extraordinariamente dilatados los poros de la nariz, que es la señal de la suprema indignación entre las mujeres de su raza, estaba

apoyada contra una de las paredes de la habitación; y enfrente, á poca distancia de ella, el capitán Márquez, con la fisonomía inyectada de sangre hasta lo blanco de los ojos, con la cabeza descubierta y el pelo en desorden, pa-

recía querer lanzarse sobre la muchacha; pero la mirada y el ademán altivo de ésta, le contenían.

— Señor capitán, dijo Alejandra, si usted se atreve á tocarme, le mataré, ó me mataré yo misma.

— Alejandra, no me precipites: te amo más que á mi vida; puedo hacerte feliz, puedo sacarte del estado en que te encuentras: te haré mi mujer, me casaré contigo...

— Retírese usted, retírese usted, repetía Alejandra; si no se va, doy voces, pido auxilio...

— Será inútil; sosiégate. Ni Tula, ni Anita, están ahí: las casas contiguas están desiertas; estás sola; ¿lo oyes? sola...

— Dios me protegerá.

— ¡Oh! lo que es ahora no te me escapas: hablas de matarme, y no tienes ni un alfiler.

— Veremos, no se acerque usted, no me toque.

— Por última vez: ¿quieres ser mía por tu voluntad?

— ¡Nunca!

— ¡Pues lo serás por fuerza, mal que te pese!

Márquez dió un paso y asió el brazo de Alejandra, que lanzó un grito. Una especie de rugido contestó, y el oficial sintió dos manos de hierro que le tomaban por los hombros, que le arrancaban de aquel lugar, que le arrojaban lejos de allí, rodando entre el polvo.

Se levantó rabioso y buscó su pistola; pero no la llevaba. Enfrente de él, pálido, pero sereno, estaba Diego

sirviendo como de muralla á la pobre Alejandra, que temblaba como una gota de rocío en una hoja que mueve el aire.

— ¡Miserable! dijo el capitán, ¿te has atrevido á poner las manos en tu superior? Puede costarte la vida.

— Como mi superior se atrevió á poner sus manos en una muchacha de mi familia, lo que también puede costarle la vida.

— ¿Me amenazas?

— No, mi capitán; le advierto á usted.

— ¡Pues mira el caso que hago de tus advertencias, osado, infame!

Y Márquez, con un movimiento rápido, se lanzó sobre Diego, le arrebató la bayoneta que llevaba en el cinturón, y quiso traspasarle con ella; pero el sargento era ligero y fuerte: huyó el cuerpo y asentó un terrible puñetazo al pecho del oficial, que fué á caer de espaldas, arrojando lejos de sí el arma, de la que Diego se apoderó inmediatamente.

En este momento llegaban á la casa los demás oficiales.

Márquez estaba casi privado de sentido.

— Date preso, le dijo un capitán.

— Me doy, contestó Diego.

— Entrega esa arma, dijo otro acercándose.

Diego comprendió que si dejaba la bayoneta, eran capaces de matarle.

— No hay necesidad, contestó: voy á presentarme preso á mi cuartel, de orden de mi capitán, y allí la entregaré.

Los oficiales vacilaron.

— Mi capitán, dijo Diego, dirigiéndose al que le había intimado prisión: usted sabe que no soy capaz de faltar...

— Lo conozco, dijo el capitán: es de fiar: vé á presentarte preso.

Diego salió entre los oficiales, tocándose marcialmente el chacó.

Márquez fué conducido á su alojamiento por sus compañeros, uno de los cuales decía sentenciosamente:

— Era muy natural que este sargento hiciera una de estas cosas: si siempre le he visto mucho de chinaco.

Cuando Tula y Anita llegaron, Alejandra, bañada en lágrimas, les contó lo ocurrido.

Una hora después Diego estaba preso, con centinela de vista, y un capitán, viejo y avinagrado, comenzaba el sumario, «por faltas graves á la subordinación y disciplina militar».